

Zajar Prilepin  
**Patologías**

Traducido del ruso por Marta Rebón



*A mi abuelo, Nikolái Yegórovich Nisiforov,  
que combatió con honradéz  
en la Segunda Guerra Mundial.*

Al pasar el puente, a menudo me atormenta la misma visión.

...Sviatói Spas se alza sobre las dos orillas. A un lado del río está nuestra casa. Cada sábado nos dirigimos al otro lado para deambular entre los puestos de libros situados en el parque, junto al paseo fluvial.

Detrás de los tenderetes se apostan jubilados ceñudos, que venden clásicos austeros en ediciones baratas y obras ramplo-nas muy caras con cubiertas horribles. Con el pulgar de la mano izquierda, levanto las tapas de los libros dispuestos sobre el tenderete. Me coge la mano derecha mi formidable hijo adoptivo, un hombrecito de tres años, tocado con una visera roja y calzado con unas botas de fútbol de las que cuelgan con abundancia unos gruesos cordones blancos. Sabe unas cuantas palabras importantes, puede abrir mucho los ojos, tiene una mímica rica y honesta, y estamos entusiasmados el uno con el otro, aunque él no lo exterioriza. Nos conocemos desde hace ya año y medio, y está convencido de que yo soy su padre.

Sentados en el paseo fluvial, comemos un helado y miramos el agua. Que corre.

—¿Cuándo dejará de correr? —pregunta el niño.

«Cuando deje de correr, estaremos muertos», pienso y, sin temor a asustarlo, pronuncio este pensamiento en voz alta. Toma mis palabras por una respuesta.

—¿Y será pronto? —pregunta, visiblemente interesado en saber cuándo tardará en dejar de correr el agua.

—No, no muy pronto —le respondo, sin haber determinado para mí de qué hablo, si de la muerte o del movimiento del río.

Terminamos el helado. Abre mucho la boca para alcanzar, en el fondo del reblandecido vasito de barquillo, los últimos pegotes dulces. Soy yo quien se acaba de comer el barquillo, mordisqueado y cubierto de gotas blancas.

—Muy rico —constata el pequeño.

Le limpio con un pañuelo las manitas pegajosas, las mejillas también pringosas de chorretones sucios, y me levanto para irnos.

—¿Podemos quedarnos un rato más? —me propone.

—¿Para qué?

—Para esperar a que deje de correr el agua.

—Bueno, está bien.

Concentrado, mira el agua. Esta no deja de correr.

Luego nos subimos a una *marshrutka*, un minibús con capacidad para veinte personas, además del conductor, que maneja con habilidad el volante, a la vez que vende los billetes a los pasajeros. En su boca humea un cigarrillo, pero la ceniza nunca cae sobre sus pantalones: alcanzado el punto crítico para la caída, es sacada a tiempo por la mano del conductor a una distancia segura y se dispersa más allá de la ventanilla, arremolinándose en el viento.

A veces recelo del virtuosismo del conductor. Cuando nosotros, dos tipos encantadores, mi hijo adoptivo y yo, viajamos por la ciudad, dudo de todo. Tengo dudas sobre si caerán las macetas de flores de los balcones, sobre si se abalanzarán los perros sobre la gente, sobre si provocará una descarga eléctrica el cable del poste telegráfico, arrancado el mes pasado, y sobre si cederán las bocas de las alcantarillas, revelando unas tinieblas bulliciosas. Estamos atentos a todo. El niño confía en mí, ¿acaso tengo derecho a traicionarlo?

Entre otras cosas, como ya he dicho, tengo dudas sobre la habilidad del conductor del minibús. Pero decir que dudo es poco. Un terror, parecido a las sensaciones que preceden a la náusea, contrae mis mejillas sin afeitar, y mis manos aprietan ese cuerpo de tres años, con frágiles huesecitos de pollo, y mis dedos rozan sus manos, los lóbulos de sus orejas, su frente; me aseguro de que esté caliente, mi querido niño, ahí, a mi lado, sobre las rodillas, único, irrepetible, cómico, severo, y él aparta mi mano con aire descontento porque no le dejo ver cómo corre el agua. Atravesamos el puente...

Y me atormenta una visión. El conductor saca por la ventanilla el brazo, con el cigarrillo coronado de ceniza, lanza una mirada fugaz al retrovisor, tratando de comprobar quién no ha pagado todavía el billete, el pie derecho pisa maquinalmente el acelerador, porque sus ojos, una centésima de segundo antes, ya han comunicado al cerebro que la carretera está libre en los próximos cien metros, que todos los vehículos ya han pasado. Lleva fuera el brazo con el cigarrillo, pisa el acelerador, mira por el retrovisor, sin saber que, un instante después, el minibús saldrá volando de la carretera. Tal vez el vehículo dé un bandazo porque la rueda ha caído en un bache, salido de quién sabe

dónde, o acaso un perro cruce corriendo la carretera, y el conductor reaccione de modo equivocado, no lo sé.

El grito de una mujer devuelve los ojos del conductor a la carretera, que desaparece, que huye brutalmente hacia la derecha, y ya no oye los gritos de los pasajeros, ve el cielo porque el minibús se encabrita, a nosotros nos parece que ocurre lentamente... pero en realidad sucede en un instante, rechinando de un modo repulsivo, como las puertas del infierno, el vientre del minibús impacta contra la valla de hierro, ahora salta por encima de ella, ahora simplemente la abate.

El agua corre. A treinta metros de nosotros.

Yo lo había visto todo antes de que la mujer gritara. Iba sentado al lado del conductor, a su derecha, donde debería haber ido el revisor si el parque de transporte público no se ahorrara el coste de sus servicios. Si viajo con el pequeño, siempre me siento en el sitio del revisor ausente. Cuando voy solo, me siento donde me toque, porque a mí nunca me ocurrirá nada.

En el instante en que el conductor pierde el control, me aferro al niño, deslizo mi brazo derecho por debajo de su pecho y agarro fuertemente con los dedos la solapa de mi cazadora tejana. Al mismo tiempo sujeto con la mano izquierda el agarra-dero que asen los pasajeros cuando bajan, apretándolo entre la mano cerrada y el bíceps. Un segundo después, cuando nos da la impresión de que el minibús se encabrita lentamente, grito al conductor, que en vano intenta enderezar el volante y trasladar su pie del acelerador al freno.

—¡Abre la puerta!

La abre cuando el minibús ya ha caído. No nos ha fallado. Aunque tal vez la abriera por casualidad, al dejar caer por la inercia el pecho sobre el volante y al apretar, presa del miedo, todos los mecanismos y botones. Pese a los gritos que se

oyen en el vehículo —incluso los hombres gritan, solo mi hijo adoptivo permanece callado—, pese a que desde los asientos traseros, como setas en una cesta, vuelcan con gran estrépito las personas contra el parabrisas del vehículo y que uno de los pasajeros se golpea la cabeza contra el cristal, pese a todo ese ruido, oigo el sonido de la puerta abriéndose, anticipado por un silbido y completado por un golpe contra el agarradero, similar al desgarrado de un músculo de hierro. Ni siquiera aquel ruido me hace volver la cabeza.

El minibús da una primera vuelta de campana, y veo a la jubilada, que dos paradas antes tanto se había quejado por tener que abonar el precio del billete, cómo da una vuelta en el aire, tal cual una muñeca, sin dejar de agitar sus rosadas y gruesas piernas de anciana, y golpearse la cabeza contra... iba a decir contra el techo, pero en realidad es el suelo.

Nosotros, yo y el pequeño, resbalamos a lo largo del agarrador, inclino la cabeza, y mi nuca y mi espalda chocan contra el techo, y siento claramente el cuello del niño apretarse contra mi mejilla; en ese momento caigo de culo contra el asiento, me derrumbo sobre un costado, sobre el otro y, finalmente, falta poco para que se me desgaje el brazo izquierdo cuando el minibús acaba en el agua.

El agua helada irrumpe con violencia por todas partes y al mismo tiempo. Un hombre con la cara rosada y surcada de arañazos, cubierto de polvo de vidrio, como si fuera azúcar, se precipita sobre la puerta abierta y, en un instante, es arrojado hacia el fondo del vehículo por el agua, tan fría que parece hervir.

Respiro una y otra vez, hasta sentir que la cabeza me da vueltas. Miro la ventanilla de delante, por encima de la cual asoma, como una bruja, el agua ávida. Recuerdo también que uno de los pasajeros, un hombre, cuando el vehículo, ya en el

agua, daba lentamente otra vuelta sobre sí mismo, trepaba por el suelo, en la enésima y lánguida vuelta, ya subacuática, del autobús, y que se agarró con fuerza a mis piernas, clavando ferrozmente sus dedos en la carne de mis pantorrillas, en busca de un apoyo. Cerré los ojos porque, tanto desde arriba como por los lados, el agua me sumergía y le di un puntapié a ciegas en la cara. Entonces comprendí que ya no quedaba aire en el habitáculo y, con los dedos del pie, contrayéndolos y apresurándome, logré quitarme los zapatos.

El vehículo ganó velocidad. Abrí los ojos. El minibús se iba hacia el fondo, con el morro hacia arriba. Lo intuí. En el interior del vehículo había una oscuridad turbia. A mi derecha, en el parabrisas, yacían cinco o seis pasajeros, o incluso más. Les oía agitarse, cómo se movían. Alguien estaba tendido en el suelo y también se movía, levanté las piernas y entendí que, en aquella quietud relativa, el agua ya no entraba en el minibús porque estaba lleno.

El niño permanecía inmóvil, sentado entre mis brazos, como adormecido.

Volví la cabeza a la izquierda y vi que la puerta estaba abierta y, zafándome de alguien a mis pies, me retorcí en el agarraero. Me sujeté con la mano izquierda a la puerta, a la jamba metálica de la ventanilla, a cualquier otra cosa, debió de ser en ese momento cuando se me arrancó de cuajo la uña del dedo medio, mientras agitaba las piernas con las que, me parecía, eran ya mis últimas fuerzas, a ratos en vano, otras veces tropezando con algo, me movía en cualquier dirección y de repente veía desaparecer el minibús hacia abajo, como un meteorito submarino, mientras yo y el pequeño permanecíamos en el agua gélida, en medio del río, olvidados del mundo.



La oscuridad era ondulada y desagradable al gusto: solo más tarde entendí que, al dar vueltas en el autobús, me había mordido la mejilla y un trozo de carne había acabado en mi boca, donde, como un Atlante medio loco, mi lengua viva y rosa se apoyaba en el paladar, como si intentara levantarme con el esfuerzo de su único músculo.

De haber podido, habría roto a gritar. Si me hubiera parado a pensar un segundo, me habría vuelto loco.

Al levantar la cabeza, vi la luz. Probablemente, a nadie le parece tan lejano el sol como al hombre que está a punto de ahogarse, pero que aún no ha perdido la esperanza de emerger a la superficie.

Con qué facilidad, de niños, yo y mis pecosos amiguitos nos llevábamos en los brazos unos a otros, vagando por el turbio estanque de nuestro pueblo con el agua hasta el cuello. Parecía que el agua aligerase cualquier peso.

¡Qué tontería!

Agitando de manera convulsiva los pies y la mano libre para zafarme de aquella mortífera agua infinita de un modo irremediable y desesperado, como si quisiera sustraerme de aquel espacio cósmico, siento que no tengo fuerzas de nadar hacia arriba, que no puedo sacarme los tejanos ceñidos al cuerpo, la cazadora, la camiseta, la ropa inflada del niño colgado en mis brazos.

No tiene sentido que me lamente de haber perdido algunas décimas de segundo en quitarme al menos la cazadora. Si no me la hubiese quitado, habríamos acabado un par de minutos después en el autobús, junto con los pasajeros agonizantes.

Sin parar de agitar los pies, pero levantándome de aquella masa viscosa a no más de cinco centímetros por segundo

(creo), sosteniendo al niño por el abdomen con el brazo izquierdo, trataba de liberar mi mano derecha de la manga. En vano...

Con la mano izquierda, cuyos dedos apretaban a más no poder a mi hijastro, alcancé el brazo derecho. Con el pulgar de la izquierda aferré la manga derecha arremangada de la cazadora, hice varios movimientos nerviosos para liberarme con el brazo derecho y de nuevo entendí que era inútil. Ni hablar de quitarme la cazadora.

Y entonces me asaltó una idea. Me llevé el brazo izquierdo a la cara y cogí al niño por la solapa con los dientes.

... Tres segundos después la cazadora recién sacada se marchó balanceándose hacia el fondo.

¡Qué felicidad tener las dos manos libres! Doy algunas brazadas amplias y, por un segundo, dejo nuevamente de nadar para quitarle a mi niño sus costosas botas de fútbol. No veo que se hundan enseguida detrás de mi cazadora, sino que siento que soy yo quien se va rápidamente hacia el fondo y no hago más intentos para quitarme la ropa o quitársela al niño.

Lucho contra el agua, la hiendo en dos, remo, remo y remo.

En un momento dado me doy cuenta de que tengo la cabeza al revés. Como si la hubiera visto a lo lejos, girada como un balón de goma: un montón de huesos reblandecidos, adornados por la fría papilla del cerebro, por dos pabellones auditivos, por una estúpida lengua azul... y por una mandíbula que aprieta un trozo de tejido vaquero.

Me retuerzo en el agua como una sanguijuela, imploro el fin, vivo los últimos segundos y ninguna fuerza podría obligarme a dejar de apretar los dientes.

Nunca habría imaginado que el agua fuese una sustancia tan dura. Cada brazada me exige un esfuerzo doloroso, que

rompe mis vasos capilares, desgarras mis músculos, rompes mis articulaciones. La nuca me escuece del peso, y la boca me sangra abundantemente. Mi corazón explota con cada uno de mis movimientos. Jadeante, ya no hago más movimientos amplios y llenos con brazos y piernas: a duras penas retuerzo las extremidades. Ya no nado: agonizo.

No me acuerdo de cómo he ido a parar a la superficie. Los últimos instantes me he movido en la oscuridad total, y alrededor no había líquido, sino carne, sangrienta, caliente, jugosa, tan acogedora que me aprieta la cabeza y me rompe los huesos del cráneo, deformando mi cabeza viscosa y atrofiada... Se oyen los gritos incesantes de una mujer dando a luz.

Al emerger a la superficie, lo confieso, dejé de apretar los dientes. Dejé de apretar los dientes e inspiré una bocanada de aire, mis dos pulmones ensanchados habrían podido contener en sí toda la atmósfera. Pero enseguida todo desaparece: me voy de nuevo al fondo.

Solo después entiendo por qué ha sucedido. Al dejar de apretar la mandíbula, he soltado al niño. Mis brazos, que parecen dotados de vida propia, a pesar de los músculos contraídos espasmódicamente, lo atrapan al instante, pero, aparte de ellos, no hay nada que sostenga mi cuerpo en la superficie del agua, pues mis piernas cuelgan como dos peces destripados y muertos.

Ni siquiera sé qué muevo, con qué me sostengo, qué extremidad agito esta vez: ¿Una cola, unas aletas, unas membranas? Pero ahora, después de haber visto el sol, no puedo volver a abandonarlo.

Y el sol se me aparece.

Vuelvo a inspirar. Inspiro varias veces y rozo con los labios la nuca de mi niño: está húmeda y fría.

Tumbado sobre la espalda, lo abrazo por el pecho. Con la mano izquierda, me aferro a mis tejanos. Cinturón, botón, bragueta... Una cadera, después la otra... La operación me lleva varios minutos. El pantalón se me queda atascado en las rodillas: agito las piernas y entiendo que me ahogo de nuevo, que no puedo más y que por mis mejillas corren lágrimas sin cesar.

Otra vez acabamos bajo el agua, pero esta vez en un estado que está lejos de poder calificarse como consciente. He tenido tiempo de tragar aire y, debajo del agua, vuelvo a coger al niño entre los dientes. Con las dos manos me quito los tejanos, y resulta que también la ropa interior, de eso me doy cuenta más tarde, y con movimientos convulsos vuelvo a nadar hacia la superficie. Arriba nada ha cambiado. En la orilla hay gente. Y en los balcones de las casas también. Y en el puente también, gente que ha salido de los coches. A lo largo de la barandilla del puente, ladrando, corre un perro de orejas caídas. Se oye un grito:

—¡El niño!

Alguien viene ya hacia nosotros en barca, otro se aproxima a nado. Pero yo no veo ni oigo nada.

La corriente nos arrastra y yo comienzo a desvestir a mi niño, pesado como un pecado mortal. La pequeña cazadora azul marino, con un magnífico osito verde en la espalda. Los vaqueros azul cielo, los leotardos remendados. El pequeño jersey con todos los colores de la felicidad —naranja, rosado y amarillo— se lo dejo puesto, porque no tengo ya fuerzas para quitárselo.

Enseguida unos brazos me atrapan y me introducen a la fuerza en una barca.

—¡Deme al niño! —me suplica una mujer con bata blanca. El barquero me separa las manos sin esfuerzo.

Sollozando, miro a la mujer cómo infunde de nuevo vida al niño. Al cabo de unos minutos, le sale agua de la boca y de la nariz.

## Capítulo 1

Desembarcamos. El vientre abierto del avión es un hervidero de muchachos vestidos de camuflaje. Decenas de cajas de cartuchos y de granadas, de carne estofada y pescado en conserva, de vodka y de paquetes de pasta. Varios bidones. Una estufita...

Soldados de leva sucios, con ojos de bestia acorralada, fuman un Astra, sentados sobre lonas impermeabilizadas, y nos miran. Hombres jóvenes, con manos de muñecas finas, manchadas de negro.

Durante todo el viaje hemos jugado a las cartas. Tengo por compañero a un tipo medio checheno llamado Hasán. Es rubio, con la barba pelirroja; la nariz aguileña y los ojos saltones delatan su raza.

Después del servicio militar, Hasán no volvió a Grozni, donde nació, estudió, etc. En Sviatói Spas —así se llama la ciudad de la que venimos— se echó novia y se quedó a vivir. Cambió de pasaporte y adoptó un nombre ruso. Los muchachos, sin embargo, lo llaman Hasán. Porque es *nojcha*, checheno. Ahora Hasán, en las filas de las Fuerzas Especiales de Rusia, visitará su Grozni natal, quizás tenga que disparar contra sus compañeros de clase. Él y yo estamos al mando de dos secciones de un mismo pelotón. El comandante de nuestro pelotón

es Cuello. Lo llaman así debido a que tiene la cabeza y el cuello del mismo diámetro. No porque tenga la cabeza pequeña, sino porque su cuello es como el de un toro.

El comandante pregunta:

—Hasán, ¿cómo vas a disparar contra los tuyos?

Hasán se echa a reír.

—Así —responde—. ¡Bang, bang!

Es astuto. Durante el vuelo hemos ganado a todos a las cartas. Luego el avión se puso a zumbar, dio sacudidas y empezó el aterrizaje. Escondimos las cartas. Tomamos los cargadores, alguien se santiguó. Salimos y resultó que estábamos en Mozdol: la guerra aún quedaba lejos.

Hasán y yo nos vamos a mear, mientras los muchachos descargan el avión. Fumamos un par de cigarrillos junto al lavabo de madera.

Al volver, cogemos un bidón vacío y lo cargamos, doblando adrede las rodillas, como si fuera muy pesado. Volvemos al avión dando una vuelta absurda. Todos los chicos están ya empapados del esfuerzo. Hasán y yo escogemos de nuevo algo ligero. Me demoro con una caja y, entretanto, Hasán se va a buscar agua. Solo él sabe dónde está: en la estación hay un grifo, enseguida volverá y dará de beber a todos los sedientos. Apenas acaben de descargar todo el avión, llegará él con una botella de plástico llena de agua.

Los soldados, sucios, fuman un Astra y observan pensativos nuestras latas de conserva. De nuevo embarcamos, en un helicóptero. Próxima parada: Grozni.

El avión parece un tiburón. El helicóptero, una vaca.

De niño ya me resultaba insoportable el latido de mi corazón. Si por la noche, durante el sueño, al dar vueltas en la

cama, me tumbaba de tal manera que oía las pulsaciones, el latido del corazón —por ejemplo, al apoyar la cabeza sobre el hombro—, me despertaba al instante. Las palpitaciones siempre me han parecido repugnantes, como una traición, una huida... ¿A santo de qué ese absurdo trozo de carne rojo me arrastraba al vacío y a la oscuridad total? Ponía la cabeza sobre el cojín y me tranquilizaba: Silencio... Nada de corazón... Todo en orden...

Y me dormía.

La aparición de Dasha redobló mi espanto. Tenía miedo del latido de su corazón aún más que del mío. ¿Y si de repente el flujo de su sangre se llevaba a Dasha lejos de mí, en una dirección diferente a la mía?

Siempre me despertaba antes que ella. Por la mañana tenía la sensación permanente de haber dejado una idea suspendida durante la noche, de haberme enredado en medio de un pensamiento y de haber perdido la conciencia.

Por la mañana, Dasha dormía intranquila, como un lactante antes de ser amamantado. Hacía algunos movimientos extraños, daba vueltas de un modo cómico, rozándome la cara con sus cabellos, dejando sobre mi piel la leve sensación del roce del ala de una golondrina al revolotear cerca, y se aquietaba durante algunos minutos.

Por la calle, con el ruido que hace el agua al derramarse sobre un hierro candente, pasaban los trolebuses, aunque la noche anterior parecía que se hubiesen extinguido para siempre, como dinosaurios. De noche, volvíamos a casa, por lo general acariciándonos y haciendo el tonto, atravesábamos la calle sin motivo, confiriendo sentido a la existencia de los escasos semáforos nocturnos; considerábamos nuestro deber importunar a todos los charcos de las aceras y, con los pies desnudos,



caminábamos por el césped cuidado, con todas sus briznas de hierba peinadas, de las plazas del centro de la ciudad.

Por las mañanas tenía ganas de fumar, pero no podía obligarme a levantarme para ir a la cocina.

Descontentos con su destino, los conductores de los coches frenaban bruscamente; con el chirrido de los frenos un párpado de Dasha temblaba, y yo, que hasta ese momento había acariciado, pensativo y amoroso, con un dedo la areola marrón claro de su pecho que asomaba de debajo de la colcha, temía que mi niña se despertara y, susurrando «¡chis!», apoyaba la mano sobre su vientre, caliente como el de un cachorro, donde, dejando vagar un meñique curioso, rozaba un dulce ricito de pelo negro y, de nuevo, sorprendido repentinamente por un somnoliento barullo de disparates grotescos, imágenes y recuerdos, que se acercaban reptando como escarabajos, caía dormido.

Tenía siempre los mismos sueños. Y esos sueños estaban hechos de olores.

Húmedo e iridiscente, como una acuarela pintada al aire libre, aparecía el olor del verano, a fantasmagóricos abedules nocturnos, a chaparrones cortos como la reparación instantánea de un zapatero, a ternura. Luego, pesado e indolente, flotaba el olor del otoño, como pintado al óleo, aroma de más-tilles alquitranados, de pinos y álamos temblones, de tristeza. Blanco, gélido, muerto, como dibujado con tiza, el invierno y sus sabores sucedían al aroma otoñal. Los sueños se cumplían.

Nos despertaba la sensación de hambre que, encaramándose como una araña fría a la cima de todos esos sueños, disipaba aquel calor insoportablemente dulce, y desaparecían sin dejar rastro aquel beato mutismo y aquella ceguera tan dichosa y confiada. Por cada uno de nuestros movimientos, por una casualidad intencionada, aunque, más bien, por una clara

orientación de los roces vagabundos de nuestras manos, que parecían dormidas, ambos entendíamos que estábamos despiertos, pero, por cierto tiempo aún, hacíamos ver que no, hasta que Dasha se delataba de una manera graciosa, al bostezar como un gatito. Un instante después, entornando los ojos risueños y tiernos, Dasha se topaba con mi mirada.

«¡Te he pillado!»

Dasha cerraba enseguida los ojos, pero sus pupilas ya no eran capaces de llevar una indiferente vida nocturna, no querían ocultarse debajo de los párpados y se animaban de nuevo. Como dos cabritos que saltan de entre los arbustos de bardana y ortigas, porque han entendido que acaba de llegar su amo.

En los charcos flotan trozos de hielo sucios. Los camiones pasan por encima. Deslizándose a un lado y volviendo a su sitio, el agua se cubre de una espuma mugrienta. Del cielo gris, negro, húmedo, cae una lluvia menuda. Huele a viejas gasas manchadas...

Soldados indiferentes a todo levantan hacia nosotros sus ojos pensativos y somnolientos. Estamos en Jankalá: el cuartel general de las tropas rusas, en un suburbio de Grozni.

Un mayor barbudo vestido de camuflaje habla con un checheno con cazadora de cuero, y los dos ríen a carcajadas. El mayor está sentado en una sillita plegable, la boina con escapela ladeada sobre la cabeza. El checheno parece un diablo bien vestido, el mayor hace pensar en un artista sin caballete.

En nuestra «vaca» embarcan algunos SOBR, miembros del Destacamento Especial de Reacción Rápida, de San Petersburgo. Se van a casa. Uno de ellos me dice:

—Lo importante es que vuestro comandante tenga cabeza. Y que vosotros no la jodáis... ¡A la mierda con las órdenes!

Mira, a unos tipos de Riazán se los llevaron a campo abierto, les hicieron cavar unas trincheras y quedarse allí. Y una semana después les dijeron que tenían que dejar el lugar. Pero a cuatro ya se los habían cargado, maldita sea. Ni siquiera fue necesario desenterrarlos. Mientras que nosotros, de los quince que éramos, solo hubo dos heridos. Y fue así porque nos cagamos en sus órdenes.

—La ciudad está en manos de los federales —oigo en una conversación en otro lugar—, pero está plagada de rebeldes. Se esconden. Durante el día la ciudad es nuestra. Por la noche, suya.

Sudados, soñolientos y rendidos, cargamos nuestra impedimenta en camiones de diferentes dimensiones. Nosotros también montamos en la carrocería. El astuto de Hasán se mete en una de las cabinas con el conductor. Allí se está caliente y cómodo.

—¡Muy bien, Hasán! ¡Así! —le dice Cuello—. Tus parientes tienen la costumbre de disparar primero.

Hasán no oye, enseña los dientes. Los muchachos miran a Cuello. Todos se ponen a fumar a la vez, incluso los que nunca han fumado.

—¡No os lo hagáis encima, chicos! —dice entre risas el vicecomandante del pelotón, Grisha Zhárikov, un tipo medio encorvado, con los dientes amarillentos y los colmillos salientes. Parece una hiena o un chacal (más bien como los de los dibujos animados), por su carácter burlón lo llaman Mordaz.

—Vuestros cuerpos se enfriarán antes que los cañones de vuestros fusiles... —se mofa Mordaz.

Combatió con Cuello en Tayikistán.

Nuestro comandante, Serguéi Semiónych Kutsy, respeta a Mordaz y se dirige a Cuello llamándolo «hijito». Semiónych es una figura heroica. Tiene tantas condecoraciones que costaría

levantar su uniforme de gala. Dicen que en Afganistán cayó en las montañas, junto con su helicóptero abatido. Luego, en Chernóbil, sobre la chimenea más alta izó la bandera soviética para celebrar la victoria sobre el reactor nuclear. En recompensa le dieron un piso. Luego perdió el pelo y no fue lo único. También lo abandonó su mujer.

—¿Tienes a todos los tuyos, hijito? —pregunta Kutsy a Cuello—. Que Dios te acompañe. ¡Vámonos!

Y nos vamos.

Al salir de Jankalá, hay un equipo de grabación: una chica con un micrófono, a quien ya he visto en alguna parte, acompañada por un cámara y por otro tipo cargado de cables.

El cámara encuadra el interior de nuestro camión. Sania Skvortsov de mi sección, alias Estornino, que está sentado en el borde de la carrocería, saluda con la mano, pero enseguida se avergüenza e interrumpe el gesto. Nadie hace comentarios respecto a ese acto sentimental. Está claro que muchos, de buena gana, habrían hecho lo mismo.

Pasamos junto a unas construcciones rurales calcinadas, desiertas, cerca de Jankalá, y vamos hacia el puente.

Más allá del puente está la ciudad. Nos detenemos, dejamos pasar a una columna procedente de la ciudad. Un todo terreno, un blindado, cuatro camiones y otro blindado. Sobre el blindaje van sentados varios OMON,\* uno de ellos nos mira, sonrío. La sonrisa de un hombre que sale de Grozni significa mucho para nosotros. Si sonrío, quiere decir que allí no matan en cualquier esquina, ¿no?

En el margen de la carretera gira como una peonza un perro, en la espalda tiene una calva rosada, como un cochinillo

\* Escuadrón Policial para Operaciones Especiales. (*N. de la T.*)

chamuscado. Refulge la calva, refulgen sus fauces abiertas, la lengua gris, los ojos dementes. Parece que el perro emana olor a podrido, a verduras putrefactas. Sus movimientos se vuelven cada vez más y más lentos, se sienta, luego se acuesta. De su boca empieza a fluir algo marrón, rosado, gris: el perro vomita. Devuelve y se derrama el líquido vomitado cerca de la cabeza del perro y se le mete por las fosas nasales. Trata de levantar la cabeza y el líquido se esparce más allá de su hocico, le cuelga de los pómulos, le resbala por el pelo. Salta asustado, como si sintiera que está echado en el mismo lugar donde encontrará la muerte.

Se arrastra en dirección a nuestro camión, su cola deja en el suelo un rastro sangriento. El perro reptaba hacia los hombres, les lleva su calva, su cola teñida de rojo, su hocico pegajoso de vómito y sus ojos purulentos.

Los muchachos lo miran con espanto y repulsión.

Cuello levanta el cañón de su fusil y dispara a la cabeza del perro, tres veces, en tiros aislados, y cada vez da en el blanco. Parece que la caja craneal se abre como la tapa de una tetera. La cabeza del perro está llena de vómito. Está vomitando el interior de su cráneo.

La columna pasa, avanzamos por el puente.

El trayecto se percibe mediante un cambio de olores, como si en el hombre se despertara una animalidad oculta: si en Jankalá el aire está impregnado del olor doméstico a calcetines, a carne en conserva, a humo, y en la calle huele a humedad y mugre, cuanto más nos acercamos a Grozni los olores se tornan más secos e intensos.

Los barrios desfigurados nos acogen con hostilidad, en un silencio total. Los muchachos se congelan, presos de la tensión. Todos miran con detenimiento la ciudad. Casas con los

bordes mordisqueados, montañas de ladrillo gris hecho añicos y tejados hundidos se balancean en las pupilas de los soldados sentados en el borde del camión. Las calles parecen viejos decorados polvorientos...

A lo largo de la carretera, encontramos casas compuestas por una única fachada, tras la cual no hay nada, solo una pared con los vanos de las ventanas. Es extraño que esos muros no se abatan sobre la carretera por las corrientes de aire.

Los muchachos observan las casas y las ventanas vacías con tanta tensión que, si reventara un neumático, da la impresión de que muchos de ellos explotarían a la vez.

Cada segundo parece que estén a punto de disparar. Por todas partes: de cada ventana, desde los tejados, de entre los arbustos, de las zanjas, desde los parques infantiles...

Y de que nos van a matar a todos. A mí también.

A veces pasan estas cosas: uno acaba de llegar, completamente fresco, y acaba saltando por los aires en una emboscada. Y todos aniquilados.

Siento que los muchachos que están a mi lado comparten mis presentimientos. Sania Skvortsov se mete la mano bajo la camisa. Sé que lleva una crucecita.

Edificios de cuatro pisos, destruidos y triturados como pan seco. En una habitación medio en ruinas, despojada de dos paredes y de techo, hay una cama metálica, suspendida sobre el vacío polvoriento de cuatro pisos... Muchísimas ventanas.

A veces se encuentran edificios casi intactos, paredes amarillas con algunos impactos de balas que se asemejan a cicatrices de varicela. Las casas de madera, calcinadas, con los techos hundidos, se alternan con las de piedra.

Cerca del centro de la ciudad, por la puerta de una de las construcciones agrícolas que han salido indemnes, asoma un

pequeño checheno, un niño, que nos enseña su puñito cerrado y grita algo. Trato de captar su mirada: tengo la impresión de que sabe lo que nos va a pasar, lo que me va a pasar a mí.